



*Los modos del habitar humano**

Rafael Alvira Domínguez

Universidad de Navarra

Pamplona, España

ralvira@unav.es

*Conferencia Magistral impartida por el autor el día 13 de febrero de 2018. Aula Aguascalientes, Universidad Panamericana.

Los modos del habitar humano

Autor: **Rafael Alvira Domínguez**
Profesor Emérito
Universidad de Navarra, Pamplona, España.

Prolegómenos

El tema objeto de nuestras reflexiones me parece particularmente relevante en nuestros días, quizá no tanto todavía en países como México, pero sí en el mundo Occidental en general. La tendencia se dirige hoy a dejar de habitar el mundo. No es lo mismo vivir que habitar. Habitar es una palabra de gran calado. El verbo “habitar” tiene un origen latino: “habitare” es el frecuentativo de “habere” – tener – y refuerza el sentido posesivo. Se trata de una diferencia cualitativa que se da entre los seres que existen en esta tierra: los animales ocupan un lugar, los seres humanos lo habitan, lo poseen. Y así como la “habitación” se da en la dimensión espacial, de modo semejante, en la temporal los “hábitos” son habitaciones, vivimos en nuestras acciones y en nuestras costumbres. Esto se aprecia también, por ejemplo, en el idioma alemán, en el que la palabra *Wohnung* significa “la casa”, mientras que *Gewohnheit* se traduce como “el hábito”, la “costumbre”, el “uso”.

Tener cosas materiales tiene sentido propiamente humano sólo si aplicamos el conocer y el querer; sólo cuando se ponen se posee algo en verdad. Y cuando es más intenso el saber y el querer, entonces se dice que alguien se encuentra en su “casa”, en su “habitación”. Para los seres humanos ser implica necesariamente “habitar”; tanto más habitamos tanto más humanos somos. Ortega y Gasset decía que «mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse»¹. A este se le puede definir entonces como aquel que “aprende a ser”, para lo que necesita desarrollar sus posibilidades mediante adquisiciones que eviten su deshumanización. La primera adquisición es la más fundamental, el lenguaje humano. De ahí la relevancia clave de que una madre enseñe a hablar; si no aprendes el lenguaje, no puedes desarrollarte como humano. Es fundamental darse cuenta de que todo lo que hacemos como humanos es lenguaje: los gestos, las actitudes, el vestido, la decoración: todo es lenguaje y nuestra vida consiste en un permanente aprendizaje de ellos.

1. La referencia completa es la siguiente: «Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse. No sólo es problemático y contingente que le pase esto o lo otro, como a los demás animales, sino que al hombre le pasa a veces nada menos que no ser hombre. Y esto es verdad, no sólo en abstracto y en género, sino que vale referirlo a nuestra individualidad. Cada uno de nosotros está siempre en peligro de no ser el sí mismo, único e intransferible que es», *El hombre y la gente*. Madrid: Alianza Editorial, p. 45.

Ese *tener*, al que nos hemos referido, implica, por supuesto, tener cosas materiales, pero ellas, como queda dicho, sólo son verdaderamente poseídas si son comprendidas y queridas, es decir, si son convertidas por nosotros en lenguaje. Si me regalan una máquina, pero no la sé usar, en realidad no es mía. Josef Pieper cuenta en su autobiografía que en una ocasión un amigo enseñaba a otro una finca, en la que el encargado era el jardinero. El dueño, a quien según las escrituras legales le pertenecía ese espacio físico, se jactó de la belleza de aquellos jardines que le pertenecían. El guarda, que los había acompañado, se sonrió porque consideraba que él era el verdadero dueño, ya que quien realmente “habita”, posee, el lugar, es quien lo conoce y lo quiere².

Estas consideraciones sobre el *habitar* tienen particular relevancia, como también queda señalado, en orden al *espacio* y el *tiempo*. Cuando nos apropiamos de un «espacio», decimos que “habitamos”; cuando habitamos un «tiempo» desarrollamos un “hábito” o costumbre. El habitar, que es la casa, es un tener físico y espiritual, la seguridad en la paz; de otra parte, mediante el aprendizaje nos apropiamos del tiempo, pues el tiempo dedicado a él se queda en nosotros en forma de hábito o virtud incorporada a nuestro ser. Aristóteles distinguía entre hábitos éticos y dianoéticos³. Los primeros se adquieren mediante una repetición de actos que buscan corregir acciones para acercarlas a la dirección recta; los segundos se alcanzan a través de acciones de apropiación de nuevos conocimientos como, por ejemplo, la ciencia, que es una virtud intelectual⁴. Sin embargo, la mera repetición –sin inteligencia y voluntad– no genera apropiación de tiempo o espacio en sentido propio.

Otra de los campos lingüísticos comunes en los que hace su aparición el “hábito” es el del vestir. Llevar ropa, traje, es característico del ser humano. Tanto que Aristóteles lo sitúa incluso entre las categorías metafísicas⁵. Es significativo al respecto que hoy, cada vez

2. Cfr. J. Pieper, *Not Yet the Twilight: an autobiography (1945-1964)*, St. Augustine's Press, 2016.

3. *Eth. Nic.*, II. [(Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Trad. al español de Antonio Gomez Robledo 1994.)]

4. El filósofo lo explica del siguiente modo: «Siendo, pues, de dos especies la virtud: intelectual y moral, la intelectual debe sobre todo al magisterio su nacimiento y desarrollo, y por eso ha menester de experiencia y de tiempo, en tanto que la virtud moral es fruto de la costumbre, de la cual ha tomado su nombre por una ligera inflexión del vocablo. De lo anterior resulta claramente que ninguna de las virtudes morales germina en nosotros naturalmente. Nada, en efecto, de lo que es por naturaleza puede por la costumbre hacerse de otro modo; como, por ejemplo, la piedra, que por su naturaleza es arrastrada hacia abajo, no podría contraer el hábito de moverse hacia arriba, aunque infinitas veces quisiéramos acostumbrarla a ello lanzándola a lo alto; ni el fuego hacia abajo, ni nada en fin de lo que naturalmente está constituido de una manera podría habituarse a proceder de otra» (*Eth. Nic.*, II, 1103b, 14-24).

5. El estagirita, en *Met.*, V, 1013b-1025a [Introducción, traducción y notas de Tomás Calvo, Madrid, Gredos, 1994], escribe: «Estado en un sentido significa la actividad o la pasividad en acto; por ejemplo, la acción o el movimiento; porque entre el ser que hace y el que padece, hay siempre acción. Entre el ser que viste un traje y el traje vestido, hay siempre

más, se viste a los animales, mientras se extiende el nudismo entre los humanos. Quien no se viste parece que no tiene nada que decir, pero como el ser humano se caracteriza por tener lenguaje, quien no se viste en realidad dice que no vale la pena decir algo.

Los modos del tener: alimento, conocimiento y amor

Los seres humanos somos habitantes y tenemos hábitos. Hay tres maneras básicas de posesión humana: alimentación, conocimiento, amor. Esas tres formas determinan modos fundamentales del vivir humano.

La forma primera y más inmediata de poseer es el consumo del alimento; esta acción corresponde al acto de hacer propio algo ajeno, que es el alimento mismo. La alimentación contiene dos dimensiones inseparables: la necesidad y el gusto. Cuando nos alimentamos lo hacemos por necesidad y por gusto, y ambos suponen deseo. Tras todo habitar se esconde el deseo. Como dice Aristóteles en *Acerca del alma*, el alma humana es deseo⁶. Ahora bien, en el caso de la alimentación se podría repetir el viejo dicho: “Hay amores que matan”. Me como una tarta, y de esa manera la hago mía, pero ella desaparece. Aunque se queda en mí, lo hace transformada y anulada en su ser propio, que se muestra como meramente instrumental.

En relación con este tema, es relevante atender a la diferencia necesidad-placer. La naturaleza es sabia y hace que nos guste lo que necesitamos, para facilitar y enriquecer nuestro vivir. Pero esa diferencia abre también a nuestra libertad la posibilidad de romper el equilibrio: poner el placer por encima de la necesidad. Te alimentas mal cuando el deseo de placer te hace traspasar el fin primero, que es la alimentación. Esto en el lenguaje antiguo se llamaba pecado de gula; hoy en día ya no se expresa así, sino que se dice: “error dietético”. Se llame de un modo o de otro, lo cierto es que el cuerpo en que habito queda dañado, pero la idea de gula añade que también lo está el alma, y que es por su fallo por lo que lo está también el cuerpo.

un intermedio, el vestir el traje. Evidentemente el vestir el traje no puede ser el estado del traje vestido; porque se iría así hasta el infinito, si se dijese que el estado es el estado de un estado. En otro sentido, el estado se toma por disposición, situación buena o mala de un ser, ya en sí, ya con relación a otro. Así la salud es un estado, porque es una disposición particular. Estado se aplica también a las diferentes partes, cuyo conjunto constituye la disposición; en este sentido, la fuerza o la debilidad de los miembros es un estado de los miembros».

6. [L]a volición se origina en la parte racional, así como el apetito y los impulsos se originan en la irracional; luego si el alma está constituida por estas tres partes, en cada una de ellas tendrá lugar el deseo». *De anima*, III, 9, 432b, 5-8 [Introducción, traducción y notas de Tomas Calvo Martínez. Madrid: Gredos].

Nuestra época está obsesionada por la dietética. Y sin duda ella tiene gran relevancia, pero no basta, pues comprobamos que ni los medicamentos ni la terapia psicológica son suficientes para vencer las inclinaciones al exceso en la comida y la bebida⁷.

El segundo modo de poseer, aunque apenas se repara en que lo es, es el conocimiento. Sobre él dice el Filósofo que «todos los hombres por naturaleza desean saber»⁸. Cuando me apropio de una idea, como objeto cognoscitivo, hago mía la realidad que ella muestra, sin destruirla. A diferencia del objeto alimenticio, aquí el ser del objeto se mantiene. Pero una cosa es que se mantenga y otra que yo lo conozca como es. Eso sólo se logra cuando se ama el saber y la realidad. Sólo el amor auténtico me muestra la verdad sin deformarla, y me fuerza a aceptar que las cosas son como son. Si alguien afirma que “ $2 + 2 = 5$ ” nadie en su sano juicio lo dará por bueno, por más que el afirmante pretenda invocar en su favor la libertad de opinión democrática. La verdad se impone; la verdad es aquello que no está en mi poder cambiar.

Con todo, hay ocasiones en las que puede parecernos molesto o peligroso estar en la verdad. Es decir, puedo aceptarla sin decidirme a habitar en ella. Esa falta de seriedad – que es debilidad – puede conducirnos poco a poco a la sofística. El amor obliga a reconocer al otro y a lo otro; si prefieres, por el contrario, mantener tu libertad, en el sentido de tu interés meramente particular, entonces te vas inclinando a pensar que el conocer no es un medio para comunicarte, sino un instrumento para cumplir tu voluntad: no entiendes el lenguaje como medio, sino como mero instrumento de poder. Mas el sofista paga un precio muy alto por ello, a saber, que se queda sin casa ¿Por qué? Porque pierde la fijeza propia del habitar, cambia de acuerdo a su interés y espiritualmente no tiene sitio, ya que la casa es espíritu y el espíritu tiene el lenguaje como medio. Pero el lenguaje no es para él lugar de habitación⁹.

7. Sto. Tomas explica lo siguiente: «la delectación proviene de la unión conocida o sentida con la cosa con veniente [por lo que si] se comparan las delectaciones inteligibles con las sensibles en cuanto al deleite en las acciones mismas, como en el caso del conocimiento del sentido y en el del entendimiento, no hay duda que son mucho mayores las delectaciones inteligibles que las sensibles; pues mucho más se deleita el hombre en conocer algo con el entendimiento que en conocerlo por los sentidos, puesto que el conocimiento intelectual es más perfecto, y también no es más conocido a causa de que reflexiona más sobre un acto que los sentidos. [...] Sin embargo, en lo referente a nosotros, las delectaciones corporales son más vehementes por tres razones. La primera, porque las cosas sensibles nos son más conocidas que las inteligibles. La segunda, porque, siendo las delectaciones sensibles pasiones del apetito sensitivo, se producen con alguna transformación corporal, lo que no sucede en las delectaciones espirituales... La tercera, porque las delectaciones corporales se apetecen como una medicina contra los defectos o molestias corporales que dan origen a la tristeza», *Suma Teológica*, I-II, 31, a. 5 [Edición Bilingüe de M. Ubeda, F. Soria Tomo IV, Madrid, BAC, 1954].

8. *Met.*, I, 980a, 21.

9. Platón, específicamente en el diálogo *Sofista*, presenta el siguiente diálogo para definir al sofista: «*Extranjero de Elea*: El sofista, entonces, se nos revela como alguien que posee una ciencia aparente sobre todas las cosas, pero no la verdad.

Y la consecuencia social es que no es fiable, pues la confianza nace en la fijeza y constancia. Es decir, en el fondo, nadie le puede querer y si nadie te quiere no existes. No hay existencia humana sin casa.

Esto último explicita la tercera y última forma de posesión, que es el amor verdadero a la realidad, y sobre todo a la persona. Es fácil caer en la cuenta de que en el lenguaje ordinario no se dice “amigo”, o “ser querido”, sino “mi” amigo. La amistad es posesiva, pero aquí el matiz está de nuevo en la diferencia entre medio e instrumento. Nadie se desarrolla como ser humano sin el ejercicio de la amistad y el amor, pero el amigo o el ser amado son un medio para el existir propiamente humano de ambos, y nunca un instrumento. Es más, en el momento en que se instrumentaliza a la otra persona, se acaba la amistad o el amor verdadero. Por tanto, el otro es “mío”, pero no como objeto de uso.

Cuando el sofista usa a la otra persona, rompe cualquier posibilidad de confianza y amistad con ella. Pero como sólo existimos “con otro”, se puede decir que el sofista “es, pero no existe”, o sea, que es un fantasma viviente. Puesto que no existimos si no somos queridos, es una tragedia que nadie te quiera. El caso más evidente de ello es el aborto querido: cuando ni tu propia madre te quiere, tu existencia se trunca en su raíz. Las actuales leyes de “interrupción del embarazo” parecen desconocer que el fundamento del derecho es que todo ser –de modo señalado el ser humano– nace para existir.

El hábito y el habitar

Por excelencia llamamos casa al lugar en quien alguien habita. Eso quiere decir que una verdadera “casa” tiene al menos un mínimo de base material, pues los humanos somos seres corpóreos y no podemos prescindir de la materialidad. Sin sede no es posible la familia, no hay casa. Pero, a su vez, si, por ejemplo, adquiero o me regalan un palacio precioso, en el que, sin embargo, no hay nadie, ningún ser humano, que me quiera y a quien yo quiera, ese palacio no puede ser mi casa, porque, aunque un lugar es necesario, lo decisivo no son las paredes, sino el espíritu. Ese espíritu lo ponen el conocimiento y el amor. Su ausencia me hace un extranjero en el lugar material en el que estoy; por el contrario, su presencia se manifiesta en mil detalles expresados en los diversos lenguajes: el vestido, la ornamentación, las costumbres, los símbolos y todo aquello que, en su unidad, genera el milagro del “hogar”. Todo verdadero habitar, aunque en diferente grado, es hogar.

/ Teetes: Completamente, y es muy probable que esto que acabamos de decir sea lo más correcto que se pueda afirmar sobre ellos». *Sof.*, 223c-d [*Diálogos*, Vol. V, Traducción introducción y notas por: M. Santa Cruz, A. Vallejo, N. Cordero, Madrid, Gredos, 2002].

La casa material no hace a la familia, sino la familia a la casa, y en la materialidad se plasma el espíritu, el modo de habitar, de sus miembros. Si entro en una casa y no veo fotografías de seres queridos, ni pinturas bien seleccionadas, ni objetos de recuerdos, ni proporción en las habitaciones, ni luz, ni limpieza, ya sé que no es un hogar. Pero, en grado e intensidad variables, sucede exactamente lo mismo en la empresa, en el centro de enseñanza, en la iglesia, en la corporación: en cada uno de esos lugares puedo encontrarme “como en casa” o como huésped o como extraño. Hoy, raras veces como en casa.

Otra prueba de lo ahora apuntado está en el nomadismo. El nómada habita, porque, si bien no tiene lugar fijo, lleva su casa material a cuestas, en sus camellos, y su hogar en la familia que le acompaña. El camello, la tienda, sus pertenencias, son la materialidad de su familia. Cada día está en un espacio distinto, pero habita, porque está en un lugar con aquellos a quienes ama. Por el contrario, en las ciudades modernas, en las que cada uno, además de vivir solo, desconoce a su vecino –esto sucede hoy de modo normal en los bloques de apartamentos– los que allí viven no tienen en realidad casa. Esa casa no lo es en verdad, porque no se comparte tampoco espiritualmente con nadie. En nuestros días hay cada vez más gente que vive sola, a veces incluso la mitad de la población en algunas grandes ciudades. En realidad, la figura del habitante está desapareciendo: ahora lo que hay es, simplemente, “gente”¹⁰.

La casa y la identidad

La casa tiene muchas propiedades extraordinarias, y una es la de identificar. Dentro de la tradición hebrea, el Rey David pretende construirle una casa a Dios (*II Rey*, 7)¹¹, pero Dios lo rechaza, como es lógico, pues es Él quien tiene la iniciativa de formar la familia a la que un ser humano pueda adherirse. En la vida humana, por el contrario, sí es posible tener la iniciativa, pero ella no basta: se requiere de alguien que quiera acogerla, hacerla también suya. Es decir, que la casa concede la posibilidad de ejercer la pertenencia, y es ésta la que nos da la identidad. La “casa” –en el sentido auténtico espiritual– es el medio de identificación por excelencia, pues es, a la vez, lo más profundamente nuestro y a lo

10. Antonio Machado, para describir a los andaluces, dice que encontró “Señores en Córdoba, señoritos en Sevilla, caballeros en Jerez, y en Málaga gente”. La frase quiere reflejar, con humor, los modos cualitativos distintos de habitar en Andalucía.

11. El texto dicta así: «¿Tú quieres edificarme una Casa para que habite en ella? Yo nunca he habitado en casa alguna desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta el día de hoy, sino que he andado de acá para allá e una tienda y en un tabernáculo. Durante todo el tiempo en que he andado en medio de todos hijos de Israel, ¿he hablado Yo jamás a alguna de las tribus de Israel, a las que he encargado el gobierno de Israel mi pueblo diciendo: “¿Por qué no me habeis edificado una Casa de cedro?» (*II Rey*, 7, 7).

que pertenecemos en verdad. Y puesto que el ser humano es el único de este mundo que para ser ha de “hacerse” –nacemos “humanos” con la necesidad de “humanizarnos” – es constitutivamente alguien que ha de añadir algo a su ser, ha de crecer, ha de aprender siempre. Pero, para hacerlo, le tiene que merecer la pena, y eso sólo lo da el sentido de pertenencia a una casa.

La primera y más radical forma de identidad es, por ello, la familia. Ser “hijo o hija” es la primera pertenencia, y en consecuencia nos “denomina”, nos da el primer nombre, que son nuestros “apellidos”. Después, se nos añade otro nombre individualizante –para distinguirnos de otros hijos que comparten los mismos apellidos–, y así se completa el nombre para el registro religioso y civil, pues tanto la Iglesia como la sociedad política van a ser también nuestra casa, en la que hemos de reconocer y ser “reconocidos”. El anhelado “reconocimiento” hegeliano sólo se da en una casa. Platón lo supo ver: la verdad se reconoce y entonces habita en ella. Por eso, cada una de las pertenencias que, según verdad, adquiramos en la vida, nos añadirán rasgos de identidad: la ciudad y región que hacemos “nuestra” –ser madrileño, mexicano, etc.–, la profesión a la que nos dedicamos –ser profesor, o médico, etc.–, ser casado o viudo, o incluso pertenecer a un club, etc.

En la medida en que no podemos humanizarnos más que a través de esas relaciones de pertenencia que nos identifican, menospreciarlas o maltratarlas significa dañar nuestro propio ser. Aquí es donde aparece el concepto de honra. Nada más bajo y autodestructivo que deshonorar la propia casa: la familia –la heredada y la construida–, la iglesia, la sociedad política, la empresa, la profesión.

Hace unos años, apareció en el “Frankfurter Allgemeine Zeitung” una entrevista con uno de los grandes pensadores actuales: Robert Spaemann. Una de las preguntas que le plantearon era: “¿A qué le tiene miedo?”. El filósofo, al responder, distinguió entre el miedo exterior y el miedo interior. En relación con el primero, le preocupaba el caer en manos de quien se considerase su enemigo; con respecto al segundo temía sobre todo sentir total desagrado de sí mismo por su mal comportamiento. Cuando deshonra cualquiera de tus “casas” has infligido un golpe mortal a lo que ahora llaman algo eufemísticamente “autoestima”. En realidad, en el fondo te desprecias a ti mismo, y no por buena humildad. Las casas en lo material pueden deshacerse con cierta facilidad, pero no en lo espiritual, si están construidas con solidez. Si, por el contrario, no lo están, la posibilidad del menosprecio de cualquier vínculo en favor de ventajas meramente particulares, es muy real, y conduce a muchos a la deshonor. Romper un vínculo, sin voluntad ni daño previos de la otra parte, es la esencia de la deshonor.

De ahí la relevancia de construir bien la casa, y como ella es un ser vivo, es vida, necesita consolidarse (alimentación), crecer (conocimiento) y reproducirse (amor). Todo ello es dinamismo: el ser humano es dinámico. Pero hay dos tipos de dinamismo: el cambio y la intensificación. El cambio de carácter accidental o superficial es necesario, forma parte de la vida, pero si es substancial implica la desaparición de un ser para dar paso a otro. Por el contrario, la intensificación transforma y perfecciona un ser llevándolo a su plenitud. Se intensifica mediante el amor y el aprendizaje, bases de la adquisición de hábitos o virtudes. Y una consecuencia fundamental de la intensificación, para el ser humano, es la constancia.

Quizás nadie ha escrito páginas tan bellas sobre la constancia como el gran escritor hispano Séneca. Afirma, con lógica inapelable, que sólo quien es constante es fiable, pero como no hay sociedad alguna posible sin confianza, la inconstante tarde o temprano se quedará sin sitio en sociedad. El razonamiento es claro: vivo en sociedad –es decir, como ser humano– si soy confiable, soy confiable si soy constante, y la constancia se adquiere por el aprendizaje y desarrollo de hábitos¹².

No hay que confundir la constancia de los sentimientos con la adquirida con inteligencia y esfuerzo hasta generar hábitos, virtudes. Por lo general, la mujer es más constante en los sentimientos que el varón, y eso sin duda es una ventaja. Pero tiene el peligro del posible engaño acerca de los sentimientos del varón. Él tiene tendencia “donjuanesca”, mientras que la figura del Don Juan femenino no ha podido nunca triunfar literariamente. Por el contrario, ella tiene más sentido de pertenencia: ella tiene su casa y la gobierna. Las conocidas dificultades inherentes a la diferencia de caracteres entre varón y mujer sólo los puede vencer la virtud.

Lo propio de la constante es que se toma en serio la existencia. Por eso Kierkegaard apunta que el matrimonio es la seriedad de la relación sexual. La seriedad es una actitud fundamental: empuja a conocer y querer a fondo; sólo ella genera el habitar en el sentido más radical. La actitud contraria no es la humorística, sino la que encarna la figura humana más trágica: el vagabundo, un ser humano que no habita, un muerto en vida. Aunque es

un ser humano, la falta de relaciones serias le impide humanizarse. Es interesante observar que prácticamente todos los vagabundos son varones. No hay mujeres vagabundas porque la mujer entiende mejor el valor central de la casa. Hoy día, sin embargo, hay millones de vagabundos espirituales, incluso algunas mujeres.

12. *Diálogos*. “De la firmeza del sabio”. Gredos.

Modos de habitación, fuentes de identificación

A partir de todo lo tratado nos podemos preguntar cuáles son en concreto las fuentes de identificación, y es claro que han de coincidir con los modos de habitar. A mi modo de ver existen principalmente cinco:

- La primera fuente es la *tierra*, que solemos llamar “país”: ser paisano. Desde el punto de vista de los sentimientos, solemos considerarnos del lugar en que vivimos entre los diez y los dieciocho años, aproximadamente. Pero si vivimos luego en otro lugar en el que ponemos el corazón, añadimos un nuevo paisanaje a nuestra vida.
- La segunda es la *sangre*, que se corresponde con la familia o la “etnia”. Pertenece a una línea de familia, que te da los apellidos, y a una nación que consideras propia.
- La tercera está referida a la *cultura* y se puede denominar “patria”, porque no se puede desarrollar sino sobre la base de la herencia específicamente humana; la cultura se aprende, te la enseñan los padres, los maestros, los sacerdotes, los amigos. La cultura es casa espiritual.
- La cuarta es el *fin común*, que te integra en lo que podemos llamar “pueblo”. Agustín de Hipona, en línea con la tradición romana que encarna Varrón, sostiene que pueblo es el conjunto de personas que tienen un mismo amor, que persiguen un mismo fin fundamental. De todas las formas de identificación es ésta la más fuerte, y eso explica que sin un mínimo de ella la convivencia sea prácticamente imposible.
- La última es la *ley*, que regula la vida de la comunidad o sociedad política. Es la forma más débil de identificación, pero también la más imprescindible para convivir: fuera de la ley es imposible la convivencia política.

Por esta última razón, el tema de la identidad política ha adquirido históricamente y de modo progresivo, un papel relevante. Tras la crisis de la “naciones cristianas”, que se habían querido construir uniando, sobre el cemento básico de la fe, diversos rasgos identitarios de los respectivos grupos políticos de población –la España, Francia, Inglaterra cristianas–, se buscó, a partir de finales del siglo XVIII, la identidad política por medio del llamado “Estado-nación”, en el que esos rasgos ya no estaban unidos desde la fe, sino sobre un aparato “neutro” constitucional. En la medida en que una Constitución tiene una fuerza unitiva mucho menor que la fe religiosa, la nueva forma política engendró un tipo nuevo de identidad nacional.

Y ello porque, para compensar la señalada debilidad de fondo, se insistió en la reunión de todas las otras formas identitarias: ser, por ejemplo, francés –el gran teórico del nacionalismo es el francés Gobineau– o vasco –Arana, el fundador del nacionalismo vasco, se inspira en él– suponía compartir paisanaje, sangre, cultura, pueblo y leyes. El potencial conflictivo de ese tipo tan “compacto” de identidad que es el nacionalismo fue pronto reconocido por las mentes más avisadas y condujo, como cabía esperar, a múltiples y tremendos enfrentamientos.

Hoy en día todas las líneas de fuerza de nuestro mundo, tras la dura experiencia histórica, van en la dirección contraria, por lo que los nacionalismos –triunfantes en el Romanticismo del siglo XIX y aún del XX– se han convertido en movimientos reaccionarios. Y es que, además, todo conspira ahora contra las formas de identidad, en la misma medida –ya señalada– en que cada vez se habita menos.

La civilización comercial pone en movimiento continuo a la gente: no es fácil ya individuar “de dónde eres”. La institución familiar sufre continuos ataques, que la han debilitado: muchos ya no saben a quién pertenece el esperma que los fecundó, o dejaron de vivir pronto con su madre, o intentaron cambiar de sexo. Las etnias desaparecen en el entrelazamiento de los pueblos y en la ingeniería genética: no sólo la idea, sino la posible realidad de una “raza pura” desaparece. La cultura es sobre todo un conjunto armonioso de lenguajes, pero hoy la moda del multiculturalismo, y la simplificación lingüística de la informática universal hace que la cultura en sentido estricto esté periclitando. Y con respecto al fin común, su permanente puesta en entredicho es resultado del principal dogma actual, reconocido en todos los estudios sociológicos, a saber, el individualismo. La dimensión identitaria nuclear en nuestros días es la más débil, pero más ineludible: la ley. Tener un nombre, una nacionalidad, un “status”, todo eso está concedido por el Documento de Identidad.

La consecuencia de esta situación no es sólo la aludida debilidad identitaria, sino algo más: las identidades “fuertes” son consideradas peligrosas, por amenazar la paz. La “sociedad líquida” baumaniana considera cualquier identidad fuerte como fuente de disensión, sobre todo el nacionalismo. Y, en efecto, el nacionalismo, por su peculiar espíritu, es necesariamente conflictivo, pero eso no significa que todas las identidades lo sean. Al contrario, la identidad verdadera es casa, es espíritu, es cultura, y, por tanto, necesariamente diálogo, apertura, búsqueda de enriquecimiento mutuo y de armonía. Si queremos tener una sociedad humana, de habitantes con nombre, no lo vamos a conseguir, como sin embargo ahora piensan no pocos en política, ni con la vuelta al nacionalismo, ni con una sociedad individualista sin identidad, sino generando verdaderas casas, identidades, auténticas formas de habitar.